

SE BUSCA
P. K. PINKERTON

EL CASO DE
LOS BANDIDOS
ASESINOS

CAROLINE LAWRENCE

Traducción de Victoria Alonso Blanco

laGalera

PRÓLOGO

MY BISABUELA, GERTRUDE CORINNE PRINCE, NACIÓ en Battle Mountain, Nevada, en 1877. En casa eran seis hermanos. Su padre trabajaba como arriero (llevaba una recua de mulas), razón por la cual la familia Prince no tardó en trasladarse a Sutro, una población del estado de Nevada cercana a las grandes minas de plata de Comstock. De joven, Corinne trabajó en la Casa de la Moneda de Carson City y luego se trasladó a Olympia, Washington, para reunirse con su familia. Más tarde se casó y acabó instalándose en el sur de California. Tras su muerte a la avanzada edad de noventa y nueve años, rescataron de un oscuro rincón de su desván unos libros de cuentas.

Durante una visita reciente a mi California natal, estaba ayudando a mi madre a hacer una limpieza general de la casa, cuando topamos con dichos libros, cubiertos de polvo y todavía atados con una descolorida cinta azul.

Íbamos a deshacernos de ellos, pero antes desatamos la cinta para echarles un vistazo. Imaginaos nuestra sorpresa al descubrir que lo que aquellas páginas contenían no eran aburridos registros contables, sino interesantes relatos escritos por un detective de doce años que había vivido en Virginia City durante los inicios del boom de la plata. Mi madre no se explicaba cómo habían ido a parar a manos de su abuela; no guardan relación alguna con nuestra familia y al parecer se redactaron quince años antes de que Corinne Prince viniera al mundo. Pese a lo misterioso de su origen, he decidido publicar esos diarios. Ofrecen una visión fascinante de cómo se vivía en el «Salvaje Oeste» hace ciento cincuenta años, en los tiempos de la Guerra de Secesión americana.

He introducido los mínimos cambios posibles en el texto, limitándome a sustituir palabras que pudieran resultar ofensivas a oídos de un lector moderno. Y he añadido un glosario ilustrado al final del libro en el que aclaro algunos términos jergales o técnicos que tal vez desconozcáis. El autor de las ilustraciones es mi marido, Richard, quien se inspiró para realizarlas en la obra de un joven artista afroamericano del siglo XIX, Grafton T. Brown, mencionado en aquellos libros contables de mi bisabuela. También he incluido un plano con la distribución de las calles de Virginia City en septiembre de 1862.

A principios de la década de 1860, los periódicos que circulaban por el Oeste solían publicar historias inventadas como si fueran ciertas. Uno de los periodistas culpables de esa práctica fue un tal Sam Clemens, que tam-

bién figura en este relato. Algunas de sus «noticias» acabaron metiéndole en líos, porque aun siendo completamente descabelladas, la gente se las creía. Al final se vio obligado a huir a Nevada por culpa de uno de aquellos «cuentos chinos». Durante su estancia como periodista en Virginia City, Clemens firmó con distintos seudónimos, pero finalmente se decantó por el de Mark Twain.

No estoy segura de si el relato que sigue a continuación es una historia verídica o tal vez un simple «cuento chino» como los que escribía Mark Twain. Pero mejor que juzguéis vosotros mismos.

Caroline Lawrence

Londres, Inglaterra, 2011



ME LLAMO P.K. PINKERTON Y ANTES DE QUE TERMINE el día habré muerto.

No tengo escapatoria posible. He ido a parar al pozo más profundo de una de las minas de plata de Comstock, y tres forajidos vienen pisándome los talones.

Mientras dan conmigo, dispongo de un lápiz, unas hojas sueltas de un libro de contabilidad y un par de velas. Si escribo rápido y hago la letra menuda, quizá pueda contaros la historia de cómo he llegado hasta aquí. Así, quien encuentre mi cadáver sabrá de las desdichadas peripecias que condujeron a mi muerte.

Y, además, podrá identificar al culpable.

Deseo que en mi lápida se lea lo siguiente:

P.K. PINKERTON

HARD LUCK, 26 DE SEPTIEMBRE DE 1850

VIRGINIA CITY, 28 DE SEPTIEMBRE DE 1862

«**TODOS SOIS UNO EN JESUCRISTO**», GÁLATAS 3:28

R.I.P.

Mi madre adoptiva, Ma Evangeline, solía decir que cuando Dios te concede un don te clava también una espina, para que no se te suban los humos.

Mi don es que tengo una gran inteligencia para ciertas cosas.

Sé leer y escribir y hacer cálculos mentales de lo más complicados. Hablo inglés y lakota y también algo de chino y español. Sé manejar un rifle y montar en poni con o sin silla. Puedo seguir la pista de un animal, darle caza a tiros, despellejarlo y luego asarlo en una hoguera hecha con mis propias manos. Y también sé curar dolores de cabeza a base de hierbas.

Puedo captar una cría de codorniz entre los matorrales o un ratón en la despensa.

Puedo adivinar lo que ha comido un caballo solo con oler su estiércol.

Soy capaz de contar, una a una, todas las hojas de un álamo.

Pero ahora viene el problema: soy incapaz de saber si una sonrisa es auténtica o falsa. Solo puedo identificar tres emociones: alegría, miedo y rabia. Y a veces incluso esas las mezclo.

Además, en algunas ocasiones tampoco sé reconocer a

personas que ya he visto antes. Si se dejan barba o cambian de peinado, me hago un lío.

Esa es mi espina: la gente me confunde.

Y esa espina ha acabado con mi vida.





TODO EMPEZÓ ANTES DE AYER, DÍA 26 DE SEPTIEMBRE.

Al volver de la escuela y entrar en la cabaña de una sola habitación donde vivía, olí a leche quemada y vi cosas tiradas por todas partes. Cerré la puerta, entré en la habitación, y fue entonces cuando vi a mis padres adoptivos tendidos en el suelo sobre un charco de sangre.

Les habían arrancado la cabellera y parecían muertos.

Corrí primero hacia mi madre. En la mano tenía empuñada la sartén grande de hierro, y supuse que había intentado defenderse con ella porque tenía pelos y sangre pegados.

Mientras estaba allí de pie mirándola, parpadeó ligeramente y de pronto abrió los ojos y dijo: «¿Pinky?». Era el mote que Ma Evangeline me había puesto. Pinky es un diminutivo de Pinkerton.

Me puse en cuclillas a su lado.

—Aquí me tiene, madre.

—¿Emmet está vivo? —preguntó.

Miré hacia mi padre. No respiraba. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa plácida en el semblante. Y también un hacha clavada en el pecho. Tragué saliva.

—No, madre —contesté.

—Era un buen hombre —dijo mi madre—. Dentro de nada nos veremos los dos caminando por los senderos de la Gloria.

—No hable así, madre. Iré a Dayton a por el doctor Finley.

—No —replicó ella, con la voz cada vez más apagada—. No hay tiempo. Me estoy muriendo. Tu talismán. La bolsita de cuero que te dio tu otra madre.

—No creo que esa bolsita le sirva ahora de gran cosa, madre...

—No. Es que... es que es eso lo que venían buscando. —Dejó escapar una especie de suspiro y pensé que había muerto. Pero luego abrió los ojos y me agarró la mano con fuerza—. Tu destino está en esa bolsa. Pinky, ¿recuerdas mi escondrijo?

—¿Ese tablón suelto que hay en el suelo, detrás del fogón?

Ma asintió con la cabeza.

—Eres inteligente, Pinky. Sabrás cómo ingeniártelas. Coge esa bolsa y sal corriendo de aquí. Antes de que vuelvan.

Al principio no entendí qué quería decir. De pronto caí.

—¿Quiere decir que los indios que han hecho esto podrían volver?

—No eran indios.

Ma Evangeline hablaba ya tan bajito que casi no se la oía y estaba tan pálida que daba miedo.

—Uno tenía los ojos azules —me dijo—. Y olía como a crecepelo de laurel. Los indios no necesitan crecepelos.

Olfateé el aire. Ma Evangeline tenía razón. Entre el olor a sangre, leche quemada y pastel recién hecho, detecté el aroma del clavo y del laurel. También me llegó un acre pestazo a sobaco.

Aquellos asesinos se habían marchado apenas hacía unos minutos y podrían regresar en cualquier momento. Mi primer impulso fue echar a correr, pero no quería abandonar a mi moribunda madre.

—Vete, Pinky —insistió ella—. Coge tu bolsa y sal de aquí antes de que vuelvan.

Me levanté y me quedé contemplándola allí tendida. Estaba a punto de morir. Apreté los puños con fuerza.

—Encontraré a esos hombres, madre —le dije—. Vengaré su muerte.

—No —replicó ella. Y luego añadió—: ¿Pinky?

Apenas la oía, así que me agaché junto a ella otra vez.

—¿Sí, madre?

—Prométeme que nunca matarás a nadie. Ni siquiera a quienes han acabado con mi vida. Tienes que perdonar. Es lo que nos ha enseñado nuestro Señor.

—Eso no se lo puedo prometer, madre —repuse.

Se me estaba nublando la vista. Parpadeé y de pronto ya veía mejor.

—Es mi último deseo —dijo ella—. Tienes que prométermelo.

—Está bien, se lo prometo.

Ma Evangeline entornó los ojos y me dijo en un susurro:

—Prométeme también que no te darás al juego ni a la bebida.

—Lo prometo.

Pero esa vez ya no pudo oírme.

Me puse en pie y contemplé los cuerpos de mis padres adoptivos allí tendidos. Estaban juntos, uno al lado del otro, y el charco con la sangre mezclada de ambos no hacía más que crecer.

Fui hacia el fogón, procurando ir de puntillas entre el desbarajuste de cosas tiradas por todas partes. Habían derramado un bote entero de harina en el suelo. Hice todo lo posible para evitarla, porque sabía que mis pisadas dejarían huellas tan claras sobre ella como sobre la sangre.

Aparté la leche que se estaba quemando en la horni-lla. Luego me agaché junto al fogón y palpé el suelo buscando el pequeño nudo agujereado en el tablón de madera. Introduje en él la yema del dedo y levanté el tablón. Allí dentro estaba mi bolsita. La saqué y me la colgué del cuello. Dentro también encontré una moneda de oro por valor de 20 dólares que mi madre guardaba para casos de emergencia. Como ella ya no iba a necesitarla, la cogí también y la metí en la bolsa de cuero junto con todo lo demás. Luego coloqué otra vez el tablón en su sitio.

Entonces oí a unos hombres fuera que hablaban entre susurros. Un peldaño crujió en el porche.

Seguro que eran ellos. Los asesinos habían vuelto.

Recorrí la cabaña con la mirada. En una sola habitación no podía haber muchos sitios donde esconderse.

A mi modo de ver solo había uno.





APOYADO CONTRA LA PARED DEL FONDO DE LA CABAÑA se alzaba el mueble alto de pino de Ma Evangeline. Con los estantes repletos a partes iguales de loza y de libros.

Me encaramé al mueble, trepando tan veloz como una ardilla con la cola en llamas. Ya cerca de lo alto, volví medio cuerpo y salté a una de las dos recias vigas que sostenían la cubierta de la cabaña. Soy poca cosa para mi edad, pero agilidad tengo.

Antes de que el tirador de la puerta empezara a moverse siquiera, ya me había encaramado en la viga. Pero con la precipitación había dejado la loza temblando sobre los estantes. Cuando ya la puerta empezaba a abrirse poco a poco, observé que un gran plato azul y blanco rodaba por uno de los estantes superiores del mueble.

El plato perdió velocidad, se bamboleó un momento y luego detuvo su avance justo en el borde.

Suspiré con alivio y un momento después me dio un

vuelco el corazón al oír una voz quejumbrosa de hombre diciendo:

—¿No habrá peligro?

—¿Qué peligro quieres que haya? —replicó una voz más grave—. Estarán ya en el otro barrio. Venga, hombre, no me seas gallina.

—Qué gallina ni qué gallina —dijo el de la voz quejumbrosa—. La señora esa me ha arreado un sarténazo de aquí te espero. No sabes lo que duele.

Me asomé por el borde de la viga y vi a tres hombres bajo mis pies. Hablaban como blancos pero parecían indios. Luego me fijé más detenidamente y vi que eran blancos disfrazados de indios. Llevaban pantalones de lona, que no de piel de gamuza, y a modo de mocasines, unos burdos zapatones de piel de búfalo. Tenían la cara pintada y se habían encasquetado unas plumas de pavo en las grasientas greñas. A uno de ellos se le había ido la mano con el crecepelo de laurel. Desde arriba no se distinguía cuál era el perfumado, pero deduje que tenía que ser el de las tres plumas en la cabeza. Era el primero que había entrado en la cabaña.

Me agarré bien a la viga y puse en práctica un truco que mi madre india me había enseñado en una ocasión. Se llama «el truco del matorral». Si te escondes detrás de un matorral e imaginas que formas parte de él, dicen que te haces invisible. Yo puse en práctica «el truco de la viga». Fingí que me fundía con ella. Me concentré con todas mis fuerzas y pedí al cielo que mi madre india supiera lo que se decía.

—Ya te dije que no podían haberla escondido en el retrete —oí que decía el cabecilla del grupo—. Ahora estarán ya criando malvas. No va a haber forma de sacarles nada más.

El cabecilla se acercó a mi padre, lo miró allí tendido en el suelo y dijo: «Nada puede acontecer más hermoso que la muerte». Luego soltó una risotada, agarró el hacha por el mango y tiró de ella hacia sí. Al salir hizo un sonido como de ventosa.

—Larguémonos de aquí, Walt —dijo Voz Quejumbrosa—. Se me ha puesto mal cuerpo.

—Sí, vamos, Walt —dijo el tercero, un hombre alto, con voz rasposa—. Sea lo que sea lo que andas buscando, no está aquí.

—Mecachis en la mar —dijo Walt. (Bueno, en realidad, dijo algo mucho más feo, pero no lo puedo repetir aquí.) Luego echó un escupitajo de tabaco en el suelo—. Tiene que estar en la cabaña. No habré sabido encontrarla, eso es lo que pasa.

Callaron los tres y en ese momento de silencio tuve la certeza de que iban a oír mi corazón latiendo al galope. De pronto dijo Walt:

—Mirad lo que tenemos aquí.

Me incliné a duras penas y al bajar la vista vi algo en lo que no me había fijado antes. Sobre la mesa había un pastel recubierto de chocolate, con unas tiras de regaliz rojo por encima que ponían: FELIZ 12º CUMPLEAÑOS PINKY. Era un bizcocho relleno: mi pastel favorito. Conseguir chocolate en el desierto de Nevada no es cosa

fácil, a Ma Evangeline debía de haberle costado una fortuna.

—Ah, ¿pero había un crío? —dijo Voz Quejumbrosa.

Desde arriba vi el manchurrón de sangre en lo alto de su cabeza, donde mi madre le habría arreado el sartenazo.

—Pues claro que había un crío, imbécil —contestó Walt—. Eso que hemos venido buscando era propiedad de la verdadera madre del tal Pinky.

—¿Y si se lo ha llevado él? —dijo Voz Rasposa.

—¿Pinky es nombre de niño o de niña? —quiso saber Voz Quejumbrosa.

—De niño —respondió Rasposo—. Una vez conocí a un Pinky en Hangtown. Pinky O'Malley, se llamaba. Era albino, un tipo de esos con el pelo blanco y los ojos rosa.

—¿Y qué me dices del Pinky's Saloon de Esmeralda? —replicó Voz Quejumbrosa—. La dueña de ese bar es una señora. Francesa, creo.

Walt sostenía en la mano una imponente navaja de monte con la que estaba cortando un tajo de una pastilla de tabaco para mascar.

—Callaos la boca de una vez. Estoy intentando pensar —saltó Walt.

Luego se llevó el tabaco a los labios directamente del filo de la navaja y estuvo un rato masca que te masca.

—¿En este poblacho de mala muerte hay escuela? —preguntó por fin.

—No sé, pero en Dayton, sí —contestó Rasposo—. Me parece que en Dayton hay una. Aunque antes cuando

entramos a caballo he visto a unos niños junto a la iglesia.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Walt—. Hay que encontrar a ese crío.

Walt dirigió sus pasos hacia la puerta y casi se me escapa un suspiro de alivio. Pero de pronto se paró en seco y se volvió lentamente hacia el fogón.

—Un momento —dijo—. Tengo la sensación de que alguien ha estado aquí desde que nos cepillamos al predicador y a su parienta.

—¿Qué quieres decir, Walt? —Voz Quejumbrosa se llevó la mano a la herida de la coronilla y la apartó rápidamente.

—Que esto no estaba así antes —respondió Walt—. Alguien ha quitado el cazo de leche de la hornilla. Y algo me dice que ese alguien sigue aquí.

